

Domingo 3 de Noviembre de 1918

LA MEDALLA MILAGROSA

Cuando el Excmo. señor Brum salió el Viernes de la sesión municipal dada en su honor, después de haber sido agraciado con el título de regidor honorario y la medalla respectiva, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

El público se fijaba con una dedicación rayana en la imperitencia, en el áureo distintivo de municipal santiaguino, y se cambiaba guiños de ojo, secretos y sonrisillas irónicas.

Tres o cuatro caballeros de aspecto respetable que se habían acercado a saludarlo, al mirarle la medalla, se detuvieron en seco con el aire de quien se ha equivocado, y luego haciendo un respingo se alejaron.

En cambio, ahí mismo, y casi en presencia de la comitiva, un individuo de aspecto sospechoso, sin cuello y mal vestido, que oía a vino y a tabaco, le abordó resueltamente:

-Señor, regidor - le dijo, sin despintarle la vista de la nueva insignia.-Discúlpeme su merced; pero yo pienso instalar un negocio de cantina y quisiera contar con su buena voluntad...porque, usted sabe, estos guardianes lo molestan a uno con sus multas cuando abre los Domingos...

-Señor... alcanzó a decir el embajador visiblemente extrañado...

-Yo no quiero ofenderlo - le interrumpió el comerciante, alargándole un sobre, - pero, señor regidor, aunque por ahora no es mucho,,, cuando instale el negocio será más...

Y el hombre se alejó rápidamente. El señor Brum abrió el cierre. En el fondo había un pequeño fajo de billetes doblados en una forma inverosímil. Sumaban en total cincuenta pesos.

Quiso llamar al individuo, pedirle una explicación, devolverle la carta; pero no lo encontró en ninguna parte.

En cambio otro ciudadano de catadura parecida al anterior, le pasaba con insistencia otro paquete de contenido metálico:

-Señor regidor, consiga que me suspendan la clausura...

Y una mujer de cierta edad y aspecto vulgarísimo, desataba de la punta de un pañuelo de a cuadros un conjunto de billetes y moneda divisionaria y se empeñaba en que lo recibiera, mientras lo repetía, por lo bajo, con un gesto de malicia:

-Ya sabe, señor regidor...Vaya nomás, cuando guste...Pida las poncheras que quiera...que para usted todo es gratis...

El Sr. Brum estaba anojado...¿Qué le querían decir? ¿Por qué lo asediaban de ese modo? ¿A qué venía esa lluvia de dinero?

De repente escuchó decir a alguien:

-Es que le han visto la medalla.

El señor Brum fijó maquinalmente la vista en la flamante insignia de oro, que pendía de la cadena del reloj, la tomó entre sus manos con temor supersticioso y exclamó:

-No cabe duda. Esta es una medalla milagrosa! Y yo que no creía en estas cosas!

Diez minutos después el señor Brum preguntaba a un compatriota en el Club de la Unión el alcance del "honor" que le habían hecho los municipales al nombrarlo regidor, y recibía esta desoladora respuesta:

-Como honor, no le han hecho ninguno.

-Pero - se atrevió a insinuar el maravillado embajador - por lo menos parece que los municipales gozan de muy buenos sueldos...

-¿Sueldo? si se está solamente a lo que cae!

El señor Brum hizo un gesto de sorpresa.
-!Pero que manera tan extraña de percibirlo!
Después se puso serio, muy serio, casi sepulcral, y se dijo
con el aire del que toma una resolución inquebrantable:
-!Prefiero creer en la medalla milagrosa!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile